

LIBERTAD...

"LA LIBERTAD SE HA HECHO CONSERVADORA..." (Maura).

Año I

Redacción: Juventud Conservadora

Administración: Azafranal, 40

Salamanca 5 Junio de 1913

Salamanca, trimestre. . . 0,75 pesetas.

España, ídem. 1,00 —

Número suelto, 10 céntimos

Núm. 16

NOTABLE DOCUMENTO PARLAMENTARIO

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

Excmo. Sr. D. Antonio Maura y Montaner

EN EL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS EL JUEVES 29 DE MAYO DE 1913

Entrada en materia.—Explicación de su silencio.

Señores diputados: Mi primera obligación es mostrarme agradecido, como lo estoy, del Sr. Salvatella, por haber postergado ahora su derecho, que era notorio, a seguir actuando en el debate, y por las discretas palabras que al principio de su discurso ha pronunciado, aludiéndome. Me ha hecho su señoría la justicia, que creo me harán todos de comprender que aunque lo que yo he de decir, por notorias obligaciones, en este sitio había de decirlo, no he retrasado acudir a manifestar a la Cámara y al país lo que el Sr. Salvatella esperaba oír de mí esta tarde; creo que no quedará defraudado. No es culpa mía si la manifestación pública escrita a que S. S. se ha referido, sobrevino estando las Cortes cerradas, y menos será culpa mía lo que hemos tardado en tenerlas abiertas; desde que se abrieron, me parece que no tardo en hablar.

El Sr. Salvatella ha diferido para después de oírme toda otra consideración, por su parte; y con S. S., dándole las gracias, creo dejar saldada mi cuenta.

Yo os aseguro, señores diputados, que me sería gratisimo no poder decir sino cosas para todo el mundo lisonjeras. ¿Quién de vosotros, puesto en mi lugar, no desearía lo mismo? Os aseguro también (creo que cuando termine hallaréis confirmado el anuncio) que no vengo a contender con nadie, mucho menos a agraviar a nadie; pero, ¿de qué he de tratar, sino de cosas políticas? ¿Y qué son las cosas políticas, sino obras humanas? Y al hablar de ellas, espero que nadie olvidará cuáles son mis deberes; espero que nadie olvidará cuánto tenemos todos que escuchar con paciencia en la contraposición de los juicios, en la diversidad de los criterios y hasta en el apasionamiento; porque no basta siempre la voluntad para desferir la pasión, cuando estamos, desde puntos de vista tan diversos, mirando las mismas cosas.

La vida me va dejando dos sedimentos: una adhesión cada vez mayor a la verdad, que siempre se la tuve; el convencimiento de que la amistad con la verdad es la única que no trae jamás desengaños, y una gran facilidad para que sea sincero mi respeto a la intención ajena; porque yo sé la complejidad, la indefinible, inescrutable complejidad de las determinaciones humanas, y respeto y supongo siempre la mejor intención en todo el mundo; pero reconoceréis que yo he de juzgar las cosas desde mi punto de vista, con mi criterio, hasta con mi apasionamiento, que acaso me lleve a la injusticia, y si alguna cometo, que será bien involuntaria, ruego al que la padezca que la eche en cuenta de las que me haya visto sufrir a mí. (Muy bien, en la mayoría conservadora).

A la Cámara tengo el honor de dirigirme; pero es notorio que hablo aquí, además, a todos los que en el país me han

honrado o me honran con alguna confianza; y no ignoro que el silencio y la reserva que durante cuatro años vengo guardando, en algunos causa extrañeza, en otros reproche. Creo que cuanto he de decir esta tarde será la explicación de esa reserva y ese silencio; pero quiero adelantar, porque sé que éste es el cargo más común, una consideración preliminar. Es verdad; deliberadamente, obstinadamente, he guardado silencio durante cuatro años: desde 1909. ¿Qué acontecía mientras yo callaba? Acontecía, quisiera no mencionar sino realidades evidentes y notorias: acontecía que después de haberse juntado la oposición monárquica de S. M. y todos los revolucionarios en 1909 para asaltar el banco azul... (El señor presidente del Consejo de ministros da muestras de extrañeza.) Pero, qué, ¿vamos a discutir de manera que niegue eso S. S., señor presidente del Consejo? Porque entonces será inútil hablar. (Rumores.)

El veto a Maura.—Su desapego al Poder.

Después de aquello, digo, creyeron, mirando por su causa, por su conveniencia, con la libertad de sus actos, las minorías republicanas, que era su interés consolidar el consorcio, y proclamaron y han seguido proclamando, y proclaman ahora mismo, que están unidos, y aun coinciden los que no aparecen unidos, en una cosa: en el veto a que vuelva a manchar el Poder público la mano pecadora de quien ahora os dirige la palabra (Aprobación en la minoría conservadora): un veto apoyado por las más truculentas intimaciones, aunque mitigado con cierta inclinación al indulto para aquellos conservadores que se prestasen a hacerles el juego, quizás a mí mismo, si me prestase a ello. Y eso no es un monólogo; eso es parte de un diálogo que mantenéis durante tres años y medio, diciendo, con cara compungida, en todas partes: ¡Qué apocalípticos desastres, qué catástrofes el día que el Poder pasara de vuestras manos a las mías! Entretanto, SS. SS. tienen carta blanca para todo; el Gobierno no necesita preocuparse de cumplir ninguna ley, ni de guardar ningún respeto. Todas las dificultades, todos los conflictos quedan aplazados para cuando, juntos, podáis desde aquí aprovecharles contra un Gobierno conservador; esa es la dinámica que estamos presenciando durante los años que van desde 1909. Las Cortes, cuando por acaso se reúnen, van precedidas siempre de una tornaboda, de una aproximación, de una liquidación de los agravios del interregno, como hemos presenciado cada vez que se reanudaron las sesiones, y ahora mismo también lo estamos viendo.

Una tarde estaba yo sentado ahí; era el 15 de Julio de 1910, y el Sr. Lerroux me anunció un atentado personal, que se realizaba a los ocho días por un amigo de S. S., protegido por S. S., glorificado por S. S. durante un año entero; y eso no ha

sido obstáculo para que las intimidades con los ministros del Rey hayan sido cada vez mayores. (Grandes aplausos en la minoría conservadora.—El Sr. Senante: Pero muy bien.—El Sr. Lerroux: Pido la palabra). Y yo me he mantenido callado, en primer lugar porque yo no acepté ni acepto el papel que me correspondió en el reparto; porque yo no me sentía llamado a suplir lo que no le sugiriera la susceptibilidad a la representación de la Corona en el banco azul ni yo tenía que evocar aquí ningún postulado de ética para que hiciera su aparición, ni tenía que hablar a las gentes que no sean revolucionarias en España, porque una de dos: si no estuvieran bien halladas con eso, ellas lo dirían; y si lo estaban, ¿para qué hablar más? ¿Qué política, representada por mí, se podía practicar, si todo eso les pareciera bien a ellas? ¿Y para qué esta política que represento yo, si ya estuviere lograda la ecuación de los gobernantes entre sí y de los gobernantes y los gobernados? El único que había de ser testigo mudo e impenetrable era yo, y lo he sido. Lo he sido con facilidad, porque yo creo tener derecho a que me creáis, después de los años de mi vida pública, si os digo que yo siempre suscribo por adelantado mi eliminación del Gobierno, porque yo siempre he considerado abrumadora la responsabilidad del Gobierno, y siempre me han parecido muy pequeñas mis facultades para hacer frente a esas obligaciones. Lo demostré cuando aún no había sido ministro, renunciándolo; creo que luego lo he demostrado varias veces, dejando el Poder con alguna facilidad.

No acepta responsabilidad en la política que se practica.

Pero como la política española ha girado de ese modo, y ha sido ese el principal movimiento de los elementos políticos, ¿qué tenía yo que hacer, sino presenciario? Y lo he presenciado.

Pero había otra razón más honda, a la cual vamos. Había otra razón más honda—creo que ella bastaría, sin la que he enunciado antes—, y esa razón era que yo había creído, que sigo creyendo, que vengo a proclamar aquí la imposibilidad en que estoy de aceptar ninguna parte de responsabilidad en la política que estáis practicando desde 1909; ni sucesiva ni simultánea, es decir, las conclusiones de esa nota a que se refería el Sr. Salvatella, íntegramente; ni simultánea ni sucesivamente.

En la normalidad de este régimen, la oposición a cuyo frente estoy, ocupando el Gobierno vosotros, participa de una manera inmediata, colabora con una asociación inevitable en toda la obra de gobierno; y además, la salud del régimen consiste en que el presidente del Consejo, al salir de Palacio, dejando el Poder, antes de desceñirse el espadín, esté dispuesto a volver a tomarlo; y eso, desde 1909, no existe; no ha existido nunca desde 1909. Pero es que el

conocida por ahí fuera; porque Nación que lleva cuarenta años de forma republicana en su tercera encarnación, por si acaso alguna gota de sangre en las venas de un hombre le dan algún día propósitos subversivos, le destierra o le proscriben, y aquí tenemos los diputados republicanos, que revestidos de su inmunidad, dicen todos los días que van a comerse crudos a sus enemigos. Claro que no lo hacen; pero el escándalo se produce y subsiste.

Paralelamente, las nuevas necesidades jurídicas de las cuestiones obreras, eran atendidas por leyes de la Regencia, leyes de los dos partidos, leyes en las cuales no se ha disputado al partido conservador un lugar tan señalado, por lo menos, no diré más aventajado, como el del partido liberal. Pero mientras no vino el sufragio, mientras el sufragio universal no coronó la serie de instituciones democráticas, cupo pretextar que no se podía deponer la actitud revolucionaria de las izquierdas, porque estaba detenida la soberanía, y el sufragio universal era la condición *sine qua non* para que no estuviera detenida. Vino el sufragio universal, y ¿qué sufragio universal?: un hombre, un voto, en su forma más áspera y cruda. Claro que fué combatido, pero combatido en la doctrina, no en la acción, por el partido conservador. ¿Recordáis qué aproximaciones haya habido después de la de Castelar y sus amigos?

Es decir, que durante la Restauración, durante la Regencia, el Poder moderador y el partido conservador, por razones que eran fundamentales, que la Historia aplaudirá y reconocerá como sobradas, creyendo que la primera finalidad consistía en restablecer la conformidad constitucional, la normalidad de la vida política, habían omitido —repito que laudablemente— aquella acción moderada, aquella resistencia saludable que hubiese hecho que estas leyes mismas entrasen en acción en consonancia con el progreso de las costumbres, sin cuyo concurso podrían degenerar en una hipocresía siniestra, perjudicándose y quebrantándose para siempre la autoridad de las instituciones mismas que las leyes ordenaban. Y todo eso se había hecho para apresurar el acceso, para invitar a la deposición de las actitudes facciosas de las extremas izquierdas.

Las extremas izquierdas, en vez de dedicarse a llenar de realidad política aquellas leyes; en vez de dedicarse a atraer al pueblo a la vida efectiva de aquellas teorías, de aquella lírica legislativa, insistieron en que lo que había que extirpar era la Monarquía, aquella Monarquía misma que había sancionado esas leyes, y que no había puesto dificultad para ellas. (Muy bien, muy bien, en la minoría conservadora). Se vió entonces claro que lo que se disputaba no era el derecho ni la democracia: era la dominación, la dominación por cualquier medio, incluso los medios punibles, sin pensar en las consecuencias de la victoria, si pudiera alcanzarse.

Esa es la liquidación—yo creo que cualquier persona imparcial dirá que exacta—de la obra de la Regencia, de la obra del partido liberal y del partido conservador en la Regencia, completamente conformes en esto, aunque claro que cada vez se contraponían los distintos criterios y se sustentaban las doctrinas opuestas. Se había logrado mucho, puesto que os he recordado que el punto inicial era éste: al funcionamiento de los partidos dentro de la Constitución; pero no se había logrado suprimir las facciones, las protestas anticonstitucionales, los desacuerdos fundamentales fuera de la zona templada que una transacción constitucional había querido establecer, y había establecido, en las extremas izquierdas. Y por otro lado acontecía otro tanto con las extremas derechas, aunque en este momento, recordando el hecho y siendo notorio, no hablaba de ellas, porque no atañen ahora al debate. Claro que yo dije siempre que con igual ahínco había necesidad de cuidar la atracción de las derechas.

Recuerdo que una noche, en un discurso de inauguración de la Academia de Jurisprudencia, tenía yo junto a mí al inolvidable Silvela, que por cierto hoy hace ocho años que su noble alma se separó de nosotros, y hacía un argumento, diciendo que la

prueba de que los dos partidos no habían logrado su propósito, es que todavía en España hubiera a la derecha y a la izquierda gente que protestara contra las instituciones y negara su conformidad al Código fundamental del Estado. Este desenlace de la política de atracción de las izquierdas, de la cual no he renegado nunca ni reniego ahora, de la cual soy ahora tan partidario como el primer día que comencé mi vida pública, este desenlace de la política de atracción de las izquierdas suscitaba ante el patriotismo de las personas pensadoras varias disyuntivas. Primera disyuntiva: puesto que estamos todos conformes, ¿y quién no lo estará?, en que para nuestro país la disconformidad constitucional y la lucha fundamental perenne es una rémora lamentable y un azote bastante para causar su atraso y su desgracia, pues que en esto estamos conformes, ¿qué es lo que procede? Insistir en la transacción que se ha buscado en la Constitución del 70 para lograr la conformidad de todos los españoles en las cuestiones fundamentales del Poder público, o fiarlo al poder personal. El poder personal, para la raza española, es un maná político; es tentador, porque es el milagro, porque es la novela, porque es la magia, porque, además, es la pereza; porque con el poder personal, ¿para qué molestarse y para qué ciudadanía? (Muy bien). Además es toda nuestra Historia, porque en esta fe en la aventura está nuestra Historia, la que cruza el Atlántico y la que va hacia Flandes y hacia Italia; toda nuestra Historia. (Muy bien).

¡El poder personal! Yo he tenido muchas ocasiones, en mi vida pública, de dejar depositado en el *Diario de las Sesiones* mi concepto, absolutamente contrario, fundamentalmente contrario a todo poder personal y a toda forma de él, porque no he necesitado yo presenciar el ejemplo de Méjico, que es un ejemplo culminante; la Historia señala muchísimos, para saber que el poder personal, aun recayendo en persona dotada de las más excelsas facultades, aun derramándose sobre ella la fortuna, su provecho es transitorio, y viene a perturbar, en definitiva, la normalidad política de un pueblo libre. En esto hemos coincidido, así los pequeños como los grandes hombres de la Restauración y de la Regencia. Pero si alguien pensara otra cosa, ése alguien debía empezar por reformar la Constitución; porque hay una cosa que no puede ser nunca usurpada ni clandestina, y es la autoridad, porque la autoridad que no es totalmente legítima, carece de nervio, de prestigio y de eficacia para el bien de los pueblos. Y el poder personal no es planta trepadora, que pueda enroscarse en el armatoste de una Constitución hecha para Gobiernos parlamentarios y para Gobiernos constitucionales.

Por esto importa tanto no olvidar nunca—yo creo que con actos he demostrado varias veces que no lo he olvidado—cuál es el papel y cuál la representación y cuál la substancia política de la Presidencia del Consejo de ministros; porque ya sabemos que hay Constituciones, las conocen los alumnos de primer año de Derecho, en que el Poder está constituido de otra manera, y la organización del Estado es distinta, y el canciller o el primer ministro tiene otra significación en la política de su país; pero en España, con nuestra Constitución, la mayor desgracia que puede acontecer a la Monarquía, es que lleguen a confundirse los uniformes ministeriales con las casacas, muy honrosas, pero muy distintas, de la servidumbre palatina. (Muy bien. —Grandes aplausos). Sólo representando los ministros una política, atraen sobre sí una responsabilidad, y por lo tanto, asumen la responsabilidad que la Constitución establece. Los ministros que no opinan nada, que no quieren nada, que lo declaran libre todo, esos dejan desamparado lo que está por encima de todo, fuera de los intereses del partido y de la pasión política. (Muy bien).

La segunda disyuntiva que resultaba de no haberse conseguido entera la conformidad constitucional que se buscó con la política legislativa, atrevida, de la Regencia, era esta perplejidad: ¿qué procede? ¿Es que por cuanto se avanzó mucho más de lo que la cultura y la educación popular permitían

para practicar las instituciones democráticas, y dignificarlas, procedía retrogradar, atemperar, hasta establecer la armonía entre las leyes y la realidad de la vida, para salvar las mismas instituciones democráticas; o sería mejor dedicarnos todos a impulsar la educación cívica de España y a dar realidad a esas vacías definiciones de las leyes de la Regencia? Y, ¿qué hizo el partido conservador? El partido conservador, que en tiempos de Cánovas había asistido a la formación de las leyes, cooperando a ellas y apoyando resueltamente esa política; el partido conservador, que en tiempos de Silvela no había vacilado en optar por el segundo de los dos términos, en mi tiempo ha perseverado en esa misma política, en las obras y en las leyes, sin que haya nadie tan audaz que se atreva a ponerlo en duda; y todo nuestro esfuerzo, y todo nuestro empeño, y todo nuestro desvelo, ha sido procurar que la ciudadanía efectiva llenase de substancia las instituciones democráticas de las leyes de la Regencia.

La política conservadora.

Y hemos hecho esto, no por vía de concesión (no nos lo agradezca nadie que sea de fuera de casa), lo hemos hecho porque hubo un tiempo en que dentro de la clase media, una oligarquía política, con diversidad de uniformes y preseas, se disputaba la dominación, y entonces bastaba el artefacto oficial de la *Gaceta* para dirigir a los pueblos; pero ha llegado a trance la vida europea, en que la conmoción es más honda, y en que no hay ninguna persona sensata, conocedora de la Historia y de la política, que pueda fiar a la acción principalmente oficial del Estado, y muchísimo menos a la fuerza, la salvación de aquellos principios fundamentales y de aquellas normas de evolución en la historia de los pueblos. (Muy bien). De modo que la política conservadora es democrática, o no es conservadora, y eso lo he dicho yo quinientas veces en el curso de mi vida, y además lo he practicado siempre.

Mía fué aquella iniciativa de la ley de responsabilidad civil, recibida con glacial, hiperbórea indiferencia por todas las izquierdas. ¿Qué significa aquella ley? Significa lo que ya, en efecto, el inolvidable Silvela decía, que era una revolución. Esa es una revolución, ya lo creo; como que es la sustitución del respeto a la ley por la arbitrariedad, puesta al servicio del «instinto de conservación» (Risas); como que es la declaración, ante todo funcionario público, de que la ley es soberana, de que la ley es igual para todos, de que la ley es inexorable.

La extensión del sufragio, el voto obligatorio y la práctica de la ley electoral, ¿cómo la hemos hecho nosotros, lo mismo en el manejo de los resortes caciquiles, antes de la votación, que en la austeridad del juicio sobre las prevaricaciones, y falsedades de la elección? Y el servicio militar obligatorio, ¿cuántas veces el partido conservador quiso establecerle, y lo sacó en las Cortes de una Cámara o de otra! ¿Y por qué no fué ley en 1909, sino porque la oposición liberal encontró que eran demasiadas cosas, aunque estábamos todos conformes? Y la reforma del régimen local, el empeño que presenciásteis de aquellos años de discusión tenaz, incansable, ¿qué era, sino la integración, la asistencia de los ciudadanos todos a la vida pública? Esa ha sido la política conservadora.

En cuanto a las leyes sociales, las leyes obreras, ahí está la *Gaceta*, y ahí están las fechas; ahí está el testimonio unánime de preocupación democrática. No hay otra realidad, esa es la única realidad, porque nosotros hemos estado ahí tres años, o dos y medio, con las Cortes casi siempre abiertas, a diferencia de ahora, y hemos oído poquísimas interpelaciones y poquísimas reconvenções por género alguno de ataques a los derechos políticos. Ahí está el *Diario de las Sesiones*; días habrá para registrarlos y rectificar mi aserto, que, naturalmente, no es absoluto, porque yo no puedo asegurar que en el curso de tres años no haya habido algo; pero mi memoria no saca del confuso montón de sucesos ni siquiera un ejemplo.

Sin la continuidad es inútil el esfuerzo

Pero no basta hacer estas leyes; no basta querer hacer estas leyes: hay que darles eficacia, y esa es una obra penosísima de austeridad y de desagrado; porque, notadlo bien, las leyes que se votaron en los años milochocientos ochenta y tantos hasta 1890, que es la fecha de la ley electoral, esas leyes, que cuando fueron a la *Gaceta* no encarnaron, no se internaron en la realidad de la vida política nacional, dejaban un espacio entre las instituciones democráticas por ellas dibujadas y la realidad de la vida, y ese espacio no era *nullius*; ese espacio no era mostrenco, estaba poseído, estaba explotado en cultivo intensivo por las codicias, por las pasiones, por las impurezas, por las vanidades, por todo lo que se llama caciquismo en una forma sintética, que es el sucedáneo ilegítimo del poder popular, el beltranejo de la casa, y hay que desalojarlo, o hay que renunciar a que las leyes tengan eficacia. Y para desalojarlo hay que batir sus baluartes, y ellos contestan, ellos se juntan, ellos resisten, y ellos comprenden que es una guerra sin cuartel; porque desde el instante en que haya cuartel, no hay reforma, sino mentira y pura farsa.

Con eso que os acabo de decir, y que creo que es una realidad fundamental, porque sin esa lucha contra los estados posesorios ilegítimos y morbosos no hay reforma, no hay verdad en las leyes democráticas que tenemos promulgadas, ya creo que os he dicho, si sois discretos, que sin la continuidad es inútil el esfuerzo. Con intermitencias no sólo se frustra: acaso se hace nocivo.

Y yo prescindo, yo olvido, aunque las cosas que tienen un principio de justicia no se deben olvidar, aquella queja incesante que oigo formulada en estos términos: «Nosotros pedimos tal cosa, que era justa, que tenía precedentes, que remediaba una iniquidad, y el Gobierno no quiso hacerla, y han venido los liberales, y de la noche a la mañana, aquélla y doscientas cosas más han sido barridas, sin reparo de las izquierdas y sin que nadie lo tome a mal, porque era el partido liberal quien lo hacía». No: de eso prescindo. Lo que digo es que desde el momento en que no es evidente la continuidad del esfuerzo contra esas ilegítimas posesiones de dominación, la resistencia se centuplica, porque ya entonces todo se reduce a ganar algún tiempo, y multiplicándose las resistencias en todos los átomos del cuerpo, en todos los átomos de la Nación, se agota la potencialidad del Gobierno antes de llegar al resultado de su conato.

Porque en las épocas que siguen a la mano que quiere enfrenar esas cosas ilegítimas para dar efectividad a las instituciones, no es que se toma alimento, es que se ceban, es que se preparan para el otro período de oposición; con desenfreno ilimitado, esos apetitos que habían sido cohibidos; porque además la autoridad de quien quiere poner orden en estas cosas, queda de tal modo quebrantada en el ánimo de los descontentos, que casi casi se puede dar por anulada y convertido el propósito en una quimera.

Y ahora os digo que yo no me propongo, ni cabe en este momento, aunque es materia para cuantas interpelaciones parezcan oportunas cada uno de los días siguientes, pasar lista ni hacer una recapitulación menuda, ni siquiera ordenada, en breve síntesis, de todo esto.

Os digo que me remito a lo que juzgue cualquier persona imparcial; digo más: me remito a lo que juzgue cualquiera de los que me escuchan, aun los más apasionados, en la soledad y en el recato de su conciencia, para que piensen y se digan si aquel propósito de dar realidad preceptiva en la política española a las instituciones democráticas, ha sido secundado por el partido liberal en el manejo de los resortes sobre las Corporaciones locales y demás menaje caciquil; en la justicia electoral para la revisión de los expedientes de votación; en la moderación del espíritu de partido, que necesita que el Poder le subordine siempre al interés público, porque es naturalísima su propensión a expansionarse; en las relaciones de la autoridad con todas las insumisio-

nes y todas las picardías, en las ciudades y en los campos, principalmente en las grandes ciudades.

En el concepto de la justicia y del funcionamiento de la justicia, que en una democracia es el eje insustituible de todos los organismos, de todas las leyes, el amparo de todos los derechos; en aquella relación de probidad que el presente de todo Gobierno ha de guardar con el pasado y con el venidero; en aquella preocupación de que sea siempre posible, siempre factible, la misión del que vendrá, y de que no se malogre, en lo que atañe al interés nacional, el esfuerzo de los que preceden, en todo eso, yo os repito que acepto el juicio íntimo de cada cual, para saber si nos hemos de sentir nosotros secundados, seguidos, auxiliados, acompañados. De mí digo que no, que en cada una de estas cosas estoy presenciando, como regla general, la práctica de todo lo contrario de lo que haría yo y de lo que he hecho yo. Y eso lo remito a cuantas interpelaciones queráis para demostrarlo. Estoy hablando de los Gobiernos que han turnado con los conservadores, y tengo que hablar de las izquierdas.

Cría de facciosos, no educación de ciudadanos

Las izquierdas, colocadas en una actitud de violencia, no obstante nuestras leyes, de que antes hablé, hasta ahora, aunque no todo es disciplina, naturalmente, y no todas las clientelas son sumisas—ya ha habido tal o cual episodio—, hasta ahora han tenido la acústica de la violencia, eso sí, a pasto. No se produce, por estar hablando todos los días el lenguaje de la violencia, ningún daño material. ¡Ah! ¡Pero son cosas tan diferentes la cría de facciosos y la educación de ciudadanos! (Muy bien). ¡Y tengo yo tan poca fe en que se eduquen ciudadanos usando a diario la calumnia y la mentira! Diciendo al pueblo, por ejemplo, que nosotros, que estábamos allí, que el Sr. Ferrándiz y yo éramos unos ladronzuelos, paseando por las calles de Madrid, para decir eso al pueblo (Aplausos en la minoría conservadora); que los soldados iban al Rif, iban, no a seguir una política nacional, acertada o equivocada, distinta de la vuestra, que eso entra en el campo de la controversia, no; sino a servir la codicia de unos mineros, de unos ricos que chupaban la sangre del pobre; que era menester no ir a esa guerra, y soltar el fusil o levantarlos contra los oficiales. Así no se educan ciudadanos; así se crían facciosos. (Grandes aplausos en la minoría conservadora).

Para abreviar: así como la pasión del juego, por sí sola, destruye en el trabajador los hábitos de probidad y de orden, y para él deja de ser el jornal un premio que valga la pena de ser ganado, así también, mucho más en una raza como la nuestra, el diario anuncio taumatúrgico, mágico, de que ya va a amanecer el día en que todo se ha de lograr, en que todo se va a transformar, en que lo de abajo irá arriba, y todos los apetitos serán satisfechos, es el desahucio definitivo de la ciudadanía, que es perseverante, que es tenaz, que es modesta en sus aspiraciones, porque no busca más que lo posible, y en la Historia, en la vida, no son posibles esas transformaciones teatrales más que en las catástrofes y en los desastres. (Muy bien). Y mientras tanto, ¡qué pocas veces oigo decir, oigo discutir desde esos bancos las cuestiones que importan fundamentalmente a la efectividad cierta de las instituciones democráticas! Os voy a poner un ejemplo, entre otros que podría citar, que hace mucho tiempo que me tiene a mí intrigado.

Fuí yo presidente de la Comisión del Jurado, y le tengo cariño, porque el Jurado, para mí, no es peor que la Magistratura togada, con tal que se practique bien la institución; pero, para practicarla bien, tiene que cumplir con su deber todo el mundo, y desde que se inició la práctica de la ley empezaron las inhibiciones, las declinaciones y los egoismos, y ha venido a suceder lo que todos sabéis: que el Jurado es un vil mercado, es una prevaricación sistemática, la más escandalosa, la más inmundada que ha sufrido un pueblo. ¿Habéis visto alguna vez que algún liberal, o demócrata, o

republicano, se preocupe de eso, y proponga remedio? Yo lo he tenido redactado, y no lo he traído, porque, ¿qué más habrían querido aquellas germinaciones bloquistas que una ley mía sobre el Jurado, para decir que se había acabado con la libertad política, y que la reacción se había enseñoreado de España? Pero si yo gobernara, le reformaría y supliría, porque soy de veras demócrata, la deserción de todos vosotros ante el escándalo de la Nación entera. (Aplausos en la minoría conservadora).

El bloque.

No, no se desenvuelve la política española llevando adelante una burda intriga, que solamente a los necios y a los ignorantes puede impresionar; no se desenvuelve la política española en una lucha de las ideas democráticas y liberales contra el partido conservador; eso es mentira; eso saben todos los españoles que es mentira, lo saben los que lo dicen. Lo que acontece es que las izquierdas, todas las izquierdas, no han sentido la vocación de buscar en la práctica de las leyes, en la sincera práctica de las leyes, en la realidad de las instituciones democráticas, el triunfo de ideales propios que, naturalmente, serían contrarios a los nuestros, pero igualmente todos dignos de respeto, igualmente conducidos por el camino franco para la victoria, para la victoria legítima en las urnas, en la propaganda, en el Parlamento. No se hace eso y se inventa lo que se llama el bloque. Y ¿qué es el bloque?

El bloque, ¿es la confluencia de dos propagandas, de dos ejércitos políticos que vienen educando al pueblo en la práctica de las leyes? No. Es un contacto vespertino con los ministros, unos cabildeos de que se da noticia disimulada, encubierta, como de los duelos o de los adulterios; es una cosa que se llama intriga, que sirve para tomar de los Gobiernos lo que, por no hacer una interpelación, o por hacerla, o por tal cual favor, se saca de la debilidad, se saca del egoísmo, se saca de la pereza. (Aprobación en la minoría conservadora). Esto es el bloque. El bloque no tiene programa; no le ha tenido nunca. Si el bloque fuese una columna de fuego como la que guiaba al pueblo de Israel, la misma luz nos hubiera servido para conocer sus propósitos; pero, no; no hay luz, ni les conviene, porque para lo que se hace o se pretende, la luz estorbaría.

¿Qué programa tiene el bloque, ni qué ha significado el bloque, sino la entrada y salida en todas las oficinas, en todas las covachuelas, para servir todos los apetitos y todos los intereses de partido y de facción? Pues eso tampoco es escuela de ciudadanía; eso tampoco contribuye a que en España sea verdad lo que ha dicho la *Gaceta*, con la firma del Rey, con la firma de la Regencia, con la sanción de la Corona; y cuando esto es así, son palabras vanas, porque no contienen razones; palabras vanas, porque no tienen eficacia en el pueblo, que es testigo de todo, y que sabe las cosas mucho antes de que yo las diga, porque la vida pública se hace en la calle; la vida pública, a la corta o a la larga, toda está iluminada, y toda está presenciada por miles y miles de testigos. Los que ven esto, y ven marchar así la política, y ven la representación de la extrema izquierda metida en esa clase de convivencias con los ministros que a ello se prestan, vuelven la espalda a todo lo que es educación ciudadana y respeto en la práctica de los derechos políticos.

Esa política y ese sistema, porque las leyes humanas son eternas y no se modifican por los apelativos políticos de los que debajo de ellas se mueven, cristaliza necesariamente; hoy ha cristalizado entre nosotros. Pues, ¿no os acordáis del intento de 1906, que fué la primera salida del bloque por los campos de la política española? ¿Pues qué fué aquello, con aquella disolución de Cortes casi conseguida, con aquellas entradas y salidas por los pasadizos del Palacio Real: qué fué aquello sino una intriga del peor género, que estuvo a punto de prevalecer? (Rumores). De la de 1906 estoy hablando, contra la cual protesté ausentándome de Madrid, y no de otra manera.

Después de la semana sangrienta

De cualquier suerte reconoceréis todos,

EL SIGLO XX
HERNANDEZ Y ALMEIDA



Esta casa presenta constantemente grandes surtidos en artículos de alta novedad para señoras. Extensas colecciones en lanería, sedería, pañería, confecciones, alfombras, tapices y pasamanería. Artículos para labores.
Casa especial en ornamentos de iglesia

PEREZ PUJOL, 4 y 6

creo al menos debierais reconocer, porque yo respeto vuestro juicio, que de lo que se trata en España, lo que se intenta, lo que se procura, no es vencer en el campo abierto de la opinión y de los comicios; se trata de infiltrar en la Nación española, por la yugular de la *Gaceta*, y mezclado con los jugos gástricos del Presupuesto, un suero que no prevalece por las vías legítimas. (Muy bien, en la minoría conservadora). Eso será todo lo democrático que queráis, pero es el procedimiento de las tiranías, o por lo menos de las oligarquías. Vosotros habéis heredado aquella doctrina de que los intelectuales, los europeos, los selectos, los cultos, que sois vosotros, quieren llevar a este país a la europeización, no educando al país sino desde la *Gaceta*, sugiriendo al Poder público o infiltrando en las leyes y en las disposiciones vuestras peculiares doctrinas, que no tienen favor ante la opinión pública. (Aplausos en la minoría conservadora.—Protestas en la republicana).

Pues esto, señores, esto era hasta 1909, porque desde 1909 acá ha tenido una enorme agravación; porque en 1909 resultó que os juntábais, que os indignábais, y que se juntaban con vosotros aquellos señores que estaban entonces en estos bancos, para proclamar la apología de los crímenes de la semana sangrienta; la apología de los crímenes de la semana sangrienta y la impunidad de los delincuentes, la sistemática impunidad de los delincuentes, y la seguridad de la impunidad sucesiva para seguir marchando. Esta es la síntesis de la campaña ferrerista y de toda la campaña de estos tres años. (Aplausos y protestas).

Es decir, señores, que el derecho de los ciudadanos españoles, mil veces más expuesto por la violencia y el desmán de los conciudadanos que por abusos del Poder público, el derecho de los ciudadanos españoles, el de aquellas víctimas de Barcelona, fueran los que fueran, que padecieran el agravio, no es respetable; esos no tienen derecho a nada, porque no son de vuestra opinión y de vuestro bando. (Fuertes protestas en la minoría republicana.—Aplausos en la minoría conservadora). Por eso llamáis libertad a la impunidad, y llamáis reacción a la aplicación de las leyes y al funcionamiento de los Tribunales de justicia, y asesinato a las ejecutorias de los Tribunales. (Siguen los aplausos y las protestas en cada minoría.—*El Sr. Canals*: Es la verdad.—*El Sr. Azcárate*: No querrá su señoría que compartamos su asentimiento).

Yo no pretendo el asentimiento de nadie, no porque no me lisonjeara, sino porque sé que no puedo aspirar a él. Pero yo estoy haciendo una apreciación de un suceso político y de un período político, en la que creo no hay el menor agravio personal para nadie. (*El Sr. Alvarez (D. Melquiades)*: Para nadie. Tampoco le hay por nuestra parte cuando juzgamos los actos, que consideramos crueldades, de los conservadores.—(Rumores e interrupciones.—Los señores Castrovido, Soriano y otros de la minoría republicana pronuncian palabras que no se perciben por el mucho ruido que hay en el salón).

Yo he sabido perdonar toda injusticia y todo agravio que haya recibido; pero crea el Sr. Alvarez que no es lo mismo lo que yo estoy haciendo que llamar a Fulano de Tal ladrón o asesino. (Nuevas protestas en la minoría republicana).

(*El señor Presidente*: Ruego a los señores diputados que tengan la bondad de evitar los diálogos y suprimir las interrupciones. De esta manera es imposible la discusión. El que quiera hablar debe pedir la palabra, y usarla reglamentariamente).

Señor Presidente: Conste que si por mi advertencia hubiera lastimado personalmente a alguien, en el acto habría retirado cualquier frase que hubiera producido tal efecto. En lo demás, permitidme que me extrañe de que os cueste tanto trabajo oír la opinión ajena. (Nuevos rumores). Sí; porque yo estoy tan lejos de vosotros como vosotros de mí, y a mí no me ha de extrañar que las cosas que yo diga os parezcan herejías; pero a vosotros no os debe sorprender que a mí me pase lo mismo cuando habláis vosotros, y sin embargo, me callo. (*El Sr. Azcárate* pronuncia palabras que no se entienden).

No hablamos ahora de dogmas, Sr. Azcárate): claro está; y perdone S. S. que emplee esta palabra de tinte clerical para responder a mi naturaleza. (Risas).

El penacho del anticlericalismo

Una de las consecuencias de haber procurado en la atracción de las izquierdas apresurar la legislación política de la Regencia, consistió en que se agotaron los lemas esplendentes, y ya no había que imprimir en las banderas los rótulos sugestivos de derecho de asociación, sufragio, Jurado, etcétera. A mí me parece que quedaba mucho que hacer: como que quedaba por hacer todo o casi todo; quedaba convertir en realidades aquellas mágicas, seductoras, pero vanas proclamaciones legales; esto habría sido buen empleo y bastante oficio de las organizaciones políticas todas de la izquierda, cada cual en su grado y según su significación.

Pero como nosotros estábamos en lo mismo, como nosotros, patrióticamente, no podíamos estar sino en eso, eso no bastaba. Y ha pasado el partido liberal los primeros años del reinado buscando un penacho, un distintivo, y como tal penacho, confesado (ya se lo dije desde esos bancos al Sr. Canalejas, hace diez u once años), aún está al frente del Gobierno el penacho, el distintivo: ese penacho es el anticlericalismo. En efecto: el anticlericalismo es punto de cita, al cual acuden con vehemencia y con espontaneidad todas las formas y todas las diversas especies en el programa político y en la organización de las izquierdas; de modo que para la política de unión de las izquierdas, nada tan de molde como el clericalismo.

Sólo que el clericalismo tiene en España el inconveniente de que suscita una formidable resistencia popular, que os parecerá mal, pero que es una realidad política, de la cual quizá da testimonio ahora mismo el presidente del Consejo: lo ha dicho esta misma tarde, y si no lo dijera, todos lo sabríamos también; y como es una enorme resistencia popular, y la política de todos vosotros se informa en eso, que repugna al pueblo, naturalmente vuestra significación os aleja cada día más de la lucha legal, de la propaganda legal, de la esperanza en los comicios y en todas las lides democráticas, y os lleva hacia otros procedimientos, hacia las inteligencias y hacia la inoculación con la *Gaceta*. Además, sucede que el anticlericalismo no es de abolengo en el partido liberal, y hay una grandísima parte del partido liberal que no comulga en eso, y que lo ve con repugnancia; y de eso puedo dar testimonio yo, porque yo era el mismo que ahora, yo he sido siempre el mismo que ahora, ferviente católico, declarado católico, y estuve veintidós años en el partido liberal; yo tuve doce años de luchas interiores en el partido liberal (todos los que las presenciásteis lo recordaréis) sobre cuestiones de Hacienda, sobre el librecambio, por la cuestión arancelaria, por las reformas de Ultramar, pero nunca por la cuestión religiosa; y era yo el mismo; ¿qué significa este hecho, que está incrustado en la vida de la última parte del siglo?

Significa que cuando os juntáis, y os juntáis alrededor de algún tema anticlerical, quienes llevan el verbo, quienes llevan la pasión, quienes llevan el apetito, son vuestros aliados y no vosotros; vosotros no sois más que sus servidores, y se cumple la ley humana, que en toda colectividad da la preponderancia al que tiene el entusiasmo, al que tiene el fanatismo, al que tiene la pasión.

En los mismos tratos intervienen Calixto y Melibea y Celestina; pero a la hora crítica, los Calixtos y las Melibeas se quedan solos. Las izquierdas saben bien que para lo que ellas quieren, que para sus fines revolucionarios, lo primero que tienen que combatir es ese sentimiento nacional; saben que combaten con ello la institución monárquica en primer término, y también porque saben que allanan una de las dificultades mayores que se oponen a su triunfo.

Para nosotros, que no concebimos que la cultura, la civilización, el progreso y la paz de España se puedan separar de la Monarquía; para nosotros, una política que se

basa en la conjunción con las izquierdas sobre las zalamerías o la irrealidad del anticlericalismo, es una política en la cual no podemos tener participación ninguna; te hemos que repudiarla fundamentalmente, lo mismo en el poder que en la oposición.

Ya sé que me diréis que vosotros opináis todo lo contrario; ya sé que me diréis que vosotros creéis que de ese modo servís bien a la Monarquía, y ya he dicho, y no ha sido en vano, que respeto todas las intenciones; pero llamo vuestra reflexión hacia lo siguiente: si es lícito, o no, a los ministros del Rey, a los responsables de la política, aconsejar a la Corona una obra en que la institución monárquica desmienta su propia significación en la política española, en cualquier política de cualquier país, no digo constitucional como el nuestro; porque si esa política anticlerical viniese triunfante en las elecciones y en todas las manifestaciones de opinión, ¿qué había de hacer la Monarquía y su Gobierno, sino transigir con ella, respetarla y recogerla? Pero ¿ocurre esto? Cuando hay elecciones, ¡qué poco se oye hablar de anticlericalismo, y cuántos anticlericales empuñan las varas del palio en los distritos electorales. (Risas).

Esa política coloca a la Monarquía frente a la opinión

Y no olvidéis, señores ministros, directores responsables de la política; no olvidéis que cualesquiera que sean las ventajas que, a juicio vuestro, tenga esa política, desde el momento en que no triunfa por los procedimientos constitucionales legítimos, por la voluntad de la Nación, esa política os conduce a colocar a la Monarquía y a vosotros frente a la opinión nacional, y por consiguiente, con la mejor intención, que yo dejo a salvo, hacéis la más grave, la más tremenda política de agresión contra el interés común y el común amor.

Para mí, esa opinión vuestra, esa creencia vuestra de que así ayudáis y servís mejor la causa permanente de la Patria, es una paradoja, porque para mí la Monarquía no consiste en que una dinastía ocupe su histórico Alcázar. Claro que eso se necesita; pero mediante eso, la Monarquía no debe malograr, por culpa suya, ningún avance popular, y por virtud suya debe salvarse, en la evolución de los siglos, el alma nacional, por la cual existen las Naciones, que cuando no tienen fuerza material, esa es su única defensa, y su único escudo.

Una Monarquía renegada de su significación, quebranta la continuidad de la vida nacional. Los que fueron ministros conmigo, me oyeron más de una vez desenvolver este tema: después de la tragedia de Portugal, una Nación hermana, seguían habitados los Palacios Reales: los herederos legítimos ostentaban la Corona sobre sus sienes; pero yo no veía allí Monarquía. La Monarquía no es sólo un elemento personal; la Monarquía se integra con las esencias nacionales que se encarnan y representan en la persona. Hace pocas tardes volvía yo a Madrid por la carretera de Extremadura, y me precedía un arco iris hermosísimo; caí entonces en la cuenta de que el sol había traspuesto la quebrada línea del Guadarrama, y todavía brillaba el arco en el cielo. No sé por qué, ni si en mi pensamiento o en mi corazón, se enlazaron la visión de aquel meteoro y el recuerdo de lo que yo había juzgado y dicho de la Monarquía portuguesa; que por estar mis palabras pronunciadas en el intervalo de dos tragedias, no sé si fueron comentario o predicción. (Muy bien).

Por qué no puede colaborar a esa política.

Yo estaré equivocadísimo; yo no he pretendido nunca ser inmune a las pasiones políticas, porque sería imbécil si lo creyera; lo que os aseguro es la rectitud de mi intención, y aun creo que no hay nadie que niegue que hablo con sinceridad, y que estoy convencido de lo que digo, y para vuestro respeto debe bastar esto, aunque para vuestro desagravio digáis lo contrario. Y ahora digo a la Cámara y al país, a la parte del país que me haga el honor de escuchar mis palabras: ¿Creéis vosotros que es honrado que el que tiene estas convicciones, verdaderas o equivocadas, pueda colaborar a esa política? ¿No comprendéis que si yo me

presto a ser coautor de eso, cómplice de eso, no tengo perdón ante Dios ni ante la Historia? Si estoy equivocado, se prescinde de mí; si estoy equivocado, siga la política su curso, que pocos habrá que menos importunen que yo; pero la consecuencia lógica de mi convicción es la que he dicho en esa nota, y repito ahora.

Yo no soy un político de profesión: no lo he sido nunca; soy un voluntario, que ha tomado las armas como las toma el hombre civil para defender la independencia de su pueblo cuando el interés de la Patria lo reclama; y en ese concepto hablé con Silvela, con el inolvidable Silvela, cuando con él me junté, y en ese concepto había seguido a Gamazo, que fué mi padre, mi hermano y mi maestro. Yo no he solicitado nunca Ministerios ni jefaturas; no hago más que cumplir con lo que creo mi deber, y no he regateado ni regatearé jamás a mi Patria el homenaje, el sacrificio y el holocausto de cuanto de mí dependa; pero por eso mismo no puedo ser encargado, no puedo tener por oficio el conducir a las gentes, a los Gobiernos o sacarlas de ellos: magnífica, nobilísima misión para la que no estoy forjado.

No puedo servir más que para una política; con esa política se me tiene siempre en el lugar en que yo pueda servirla, previo el necesario examen del lugar que yo debo ocupar; sin ella no se me tiene nunca para nada. Si yo me prestase, conduciendo a los que con su confianza me hacen responsable a la vez que de mi conducta propia, de la suya, pesadumbre abrumadora, a colaborar normalmente con vosotros, habría empezado por combatirlos. Y ¿por qué no os he combatido durante cuatro años? Porque durante cuatro años, día por día, sin una flaqueza, he querido mantener mi libertad, para no aceptar la sucesión, y esa libertad la utilizo. Si yo acepto vuestra sucesión, significa que soy el principal autor de vuestros actos, que vosotros creéis acertados, que yo creo son la ruina de mi Patria. Cuando en 1909 os apoderásteis del mando, ya sabíais que no habíais de ser eternos; en el ordenamiento de vuestros planes estaba una sucesión conservadora; de modo que yo se-

ría la pieza que falta para perfeccionar vuestra obra, y claro está que habiendo prevalecido y triunfado esa política, a la oposición vendría, para volver a las andadas; y para que volváis a las andadas o haya el menor riesgo de eso, jamás se me verá a mí en el Gobierno. No; para eso es menester que no sea posible que se reproduzca la vergüenza de 1909. (Muy bien, muy bien, en la minoría conservadora).

Creo que he hablado con claridad.

Ahora termino, y me dirijo desde aquí a aquellos conciudadanos míos que me muestran confianza y adhesión, y les digo que no esperen milagros de nadie, menos que de nadie de mí, que no los he ofrecido nunca, ni cosa parecida; que no crean que haya nadie que pueda exonerarles de la parte que a cada ciudadano le toca en el concurso para el bien público; que toda política saludable requiere, en primer término, la reivindicación para el bien y para la justicia de aquella zona usurpada de que antes hablé; que la resistencia es áspera, dura en todo tiempo, mucho más áspera en la adversidad que en la prosperidad, y que para cegar esa Estigia péstilente no hay más que un remedio, que es que cada cual de los antirrevolucionarios que haya en España traiga su puñado de tierra para llenarla y suprimirla. (Grandes y prolongados aplausos en la minoría conservadora.—Rumores en la mayoría y en la izquierda).

Rectificación.

Me obligan la fatiga de la Cámara y la hora que es, a hacer sólo las manifestaciones estrictamente necesarias, después de oír al señor presidente del Consejo de ministros; ocasiones habrá de hablar de todo lo demás.

El señor presidente del Consejo de ministros ha dedicado la mayor parte de su discurso a convencernos de que no se debe romper la armonía entre los dos partidos. ¿De veras? ¿Su señoría nos quiere convencer a nosotros de esto? Pero, ¡si todo lo que pasa es porque la habéis roto vosotros, y en los tres años y medio que lleváis ahí no la

habéis restablecido! ¡Si durante esos tres años y medio hemos estado prestando un apoyo que es, quizá, vergonzoso para mí, a fin de daros tiempo y dignidad para la rectificación!... (Grandes rumores en la mayoría). ¿Qué pasa? ¿Qué pretende la mayoría?

En 1909 tuvo su desenlace siniestro una labor que venía trabajando al partido liberal, mientras yo ocupaba ese sitio, y yo había resistido constantemente su ilustrado jefe; la había resistido el partido hasta tal punto, que una vez que en el Senado hice una determinada alusión, la tomaron los señores liberales a agravio, y tuve que darles satisfacciones; y aquello que les pareció un agravio, fué realidad en las circunstancias inolvidables de 1909. Después, yo he recordado esta tarde; después de estar llamando la atención un día y otro en la fraternal intimidad, en el absoluto desinterés de nuestra conducta, cuando ya tuve que tomar la misma actitud que ahora exactamente la misma, nadie lo supo, sino los gobernantes, y sin duda, la Corona porque era la primera obligación, y sé que la cumplió, del primer ministro del Rey.

Y he insistido en eso, y he aguardado, he seguido apoyando, y ahora mismo, es cuanto sois vosotros los gestores de la vida pública, recibís nuestra colaboración; pero ¿qué queréis, que lo sea también en cuanto vosotros dirigís la política, respetando, he dicho cien veces, vuestra intención, lo cual no es ni siquiera lícito, la pasión que lo puede justificar a S. S., haber hecho una tergiversación inicua que ha hecho de mis palabras para echar a barato el razonamiento? (Aplausos en la minoría conservadora y protestas en la mayoría).

Es, pues, todo lo contrario: es una superchería, es una cosa contraria a la verdad todo el fundamento y todo cuanto ha dicho S. S., suponiendo que están invertidos los papeles, cuando precisamente nuestra actitud es la consecuencia de vuestros actos de vuestras determinaciones insistentes durante cuatro años. Pues porque yo creo eso que dice S. S., por eso lo practico; S. S. lo propone, y no lo practica.

RASGOS DE LA JORNADA

El gran ciudadano.

Ayer hemos oído el discurso más grande que se ha pronunciado en España desde hace acaso largas centurias, y uno de los más ilustres que habrá de recordar la Historia.

Conste—y queremos afirmar esto para evitar suspicacias—que no somos conservadores en el sentido mediocre del vocablo, y conste además que al escribir esta crónica tenemos la impresión pesimista y desalentadora de que Maura no ha de tornar fácilmente al Poder.

Haría falta para que tal ocurriera un adementamiento inesperado en nuestras costumbres políticas.

Evitado ya este asidero fútil de la sonrisuela, vayamos al enorme, al inmenso, al colosal discurso que ayer ha pronunciado en el Congreso D. Antonio Maura.

«El orador—según Catón—será varón bueno, perito en el decir; pero, sobre todo, hombre bueno. Si no fuese así, nada habrá más funesto para los negocios públicos que su elocuencia.» Y añade: «El fingimiento se descubre cuanto más quiere ocultarse. Nunca hubo orador tan fluido que no vacilara cuando las palabras riñen con la intención. En cambio, nunca les faltan a los hombres buenos palabras honestas con las que hablar honradamente.» «¿Daremos al traidor, al prevaricador, al tráfuga el sagrado nombre de orador?», termina el gran maestro.

D. Antonio Maura ha sido a dornado con todas las cualidades que integran al político ilustre. Es hombre bueno. Es inabordable a la ironía. El más agudo y zahiriente de los sarcásticos embotaría sus flechas sin herirle. Su intelectual, su moral, hasta su físico infunden respeto. Su vida pública y privada son un espejo de probidad. Su historia es honesta. Contra D. Antonio Maura no caben la insidia, el humorismo, las armas finas del hombre culto. No cabe más que una cosa zafia, burda, grosera. Calumniarle.

Tiene Maura «la templada elegancia de Lisias»; el genuino, puro, divino estilo ático. Como afirmó Longino acerca de Cicerón, «su elocuencia es un rocío continuo y suave», que a veces llega en sus agudos, en sus indignaciones, en sus apóstrofes, a Mirabeau. «Lo bello es el resplandor de lo verdadero», afirmáramos escuchando a

Maura si no hubiéramos leído ya en Plotino esta frase. Pero, sobre todo, Maura es el único gran político español, el único, el único que dice la verdad, que dice lo que siente, que tiene la dignidad impoluta de su conciencia.

Ayer, cuando acudíamos al Parlamento, llevábamos alguna vacilación.

¿Estaría Maura un poco blando? ¿Estaría tal vez hábil? ¿Contemporizaría con el nauseabundo espectáculo político? ¿Se procuraría, valido en esto y merced a un ardid; la simpatía de los republicanos, de algunos periodistas, de los hacedores de opinión? Bastantes almas pequeñas aguardaban desde hace tiempo «un cambio» en Maura. «La cuestión es vivir», decían unos. «Ese Maura, tan grande, ¿por qué no les hace ya una caricia a los menesterosos del presupuesto?»

Nosotros, que tenemos en Maura tanta fe, no esperábamos ni el esbozo de una retracción. Aun así, un gesto, un ademán tan rectilíneo, tan acendrado, nos ha sorprendido un poco, es llegar a heroe, a Santo. Maura que si enseñara un trozo de carne vería llegar a los chacales y a los tigres bajo su mano tutelar, ha tenido para ellos, y cuando más solo se ve, y cuando más abandonado se advierte, el restallido viril, genial, de sus fustazos. La jauría sintió heridos los robustos lomos. Enseñó sus dientes. Acaso Maura no torne a gobernar. Pero ¡qué grande, qué sublime, qué ultrahumana su figura egregia!

Si nosotros quisiéramos glosar todo el discurso habríamos de trazar millares de páginas. Habló del asalto al Poder realizado en 1909 por los liberales. Exculpó su largo silencio de casi un lustro «por ver si les remordía la conciencia» y para dar ejemplo de normalidad. Explicó su retirada y su vuelta. «Yo no podía con la carga del mutismo y hube de hacer partícipe de mi dolor a la opinión pública. Después el mandato abrumador de un partido me restituyeron al sitio de siempre». Hizo la disección de una política falsa, medradora, llena de complicidades, que se alía con los enemigos del régimen y que confunde la casaca ministerial con la honrosa, pero distinta, librea del palatino. Demostró su liberalismo de siempre, su liberalismo en los días casirevolucionarios en que se constituyeron las libertades públicas, y su liberalismo ulterior, cuando intentó educar a la ciudadanía, cuando intentó dignificar el sufragio, cuando luchó por el obrero y por el humilde. Pleno de sabiduría, de hondura

intelectual, invisible de puro sutil en algún instante, asombroso de médula y de jugosidad, raro, extravagante, incomprensible dentro de un Parlamento ignaro, infantil, nos hizo escalofriar ante la gama de su genio, de su cultura, de su potencialidad creadora, de su honradez, de su rectitud, de su arrogancia, de su verbo incomparable.

Mas el gran momento, el momento supremo aconteció al hablar del «adulterio rural» entre liberales y republicanos

«Yo—dijo el Sr. Maura—he sido y soy partidario de atraer a las izquierdas. Pero no dándoles la Gaceta en inyecciones por la yugular, ni con procedimientos estomacales, sino con programas sinceros, honrados, posibles».

El engendro político aparecía, con toda su repugnancia, señalado por ese dedo viril, tendido en gesto acusador. La odiosa amalgama, el aberramiento, el trato ilícito que mantiene conexos a estos hombres que se dicen de la izquierda, estaba desnudo y horripilante, frente a Maura. No eran las ideas las que se veían. Eran los procedimientos. No es el sentir liberal, amplia, generosamente liberal, aquello que le separa del consorcio político. Es el concubinato inconfesable, la visita que no deja ríbo, el expediente que nutre al desalmado, la escandalosa lenidad que ha convertido en privilegiados a la minoría de los peores.

Esto dijo Maura; pero ¡de qué manera tan digna y tal pulcra! ¡de qué modo tan austero, tan elevado y tan noble!

Algunas veces, la emoción del público no podía reprimirse. En las tribunas vibraron aplausos frenéticos. Aun los adversarios callaban atónitos. Hubo un instante en que la mayoría se urgió para rugir:

«¿Qué dice esa gente?» preguntó Maura. Y la gente, la pobre muchedumbre, enmudeció bajo la pena de sus apetitos.

«Yo mantengo cuanto he dicho siempre», afirmó, siempre fuerte, siempre valeroso, el Sr. Maura.

Y luego, ya tenida esta abnegación, renunció al Poder. ¿Cómo? Oid sus mismas palabras, estas palabras supremas que recogerá la Historia y que guardará como se guarda el oro viejo de los siglos, la espuma de lo humano, lo excelso:

«Yo no soy un político de profesión. Yo soy un soldado que ha cogido el fusil para serle útil a su Patria. Yo no soy de los hombres nacidos para llevar a las muchedumbres al Gobierno; es decir, al festín. Estad, permaneced durante años, du-

rante siglos, en ese lugar. Saciaos. Pero sin mi complicidad. Yo no quiero, yo no puedo ser cómplice de eso, tapujo de eso».

¡Y había un halo en torno de su figura, halo de austeridad, halo de honestidad, halo de intrepidez, halo de virtud!

¡Qué sano, inaudito ejemplo el dado por Maura! Maura es la dignidad, el brío, el tesón, la conciencia, el hombre que recoge todo el ritmo de la gran Patria nacional. Maura es la abnegación, el sacrificio, la humildad, una humildad orgullosa de ser humilde. Maura es el apóstol. Y, sin embargo, este hombre supremo, este hombre culto, incapaz de llegar al Poder sin decoro, habla de alejamiento, en los que alienta una desesperanza terrible y un escalofriante presagio.

Cuando acabó, dijo esta frase, nada más que esta frase:

«Y ahora es preciso que todos los hombres de bien lleguen con sus manos llenas de tierra para cubrir la charca».

Tomó asiento. Después, el conde de Romanones, en un contraste rebuscado por el azar, ese gran satírico, hizo un discurso lleno de sofismas, diciendo que Maura se opone al acercamiento de las izquierdas y a la obra democrática, y que, además, ¡¡¡ rompe la armonía de los partidos triunfantes!!!

Hubo en Grecia un redomado sofista llamado Gorgias. Menéndez Pelayo, de quien tomamos la referencia, dice: «Gorgias se jactaba de hacer aparecer grandes las cosas pequeñas; nuevas, las cosas viejas; y el negro blanco. Esto lo dispuso para la política, le valió grandes riquezas, y hasta Delfos se le erigió una estatua de oro».

España tiene ahora la palabra. Maura es decir, la rectitud, la probidad, el genio que no cede. ¡No cede! ¡Oís bien, los sordidos, los avaros, los corrompidos, los que hacen crápula del vivir público? ¡No, no cede!»

Ayer hizo esta manifestación. Fué inesperado por lo grande, inesperado por lo que inflaqueza tanta y tanta ruindad y tanta felonía.

España tiene que decidir. O Maura, esta estatua, modestamente, humildemente «como un soldado amante de su Patria» o el Conde de Romanones. O un acercamiento supremo de cuantos llevan amores, conciencias, trabajos, en su alma, a este hombre, o una estatua de oro para el sofista de Guadalajara, esta nuestra hidalga y probada estatua de Guadalajara, que no quiere morir como Delfos.

Ayer ha hecho crisis la política española.

El órgano pudiera no atrofiarse. Pudiera vivir, apto, útil, dirigido por Maura, sin que la nación aguarde a que se caiga la costra:..
Si no, ¡bahl, precursor, maestro, héroe, los jóvenes, los niños, las generaciones honradas te alzarán una estatua sobre su corazón.

(De A B C).

El discurso de Maura

Este número va dedicado en su casi totalidad al mismo. No de otra manera puede responder LIBERTAD... a su significación conservadora, a su significación maurista, que recogiendo y divulgando, para que a conocimiento de todos llegue, en su verdadera significación, la notable y trascendental oración parlamentaria de nuestro esclavo jefe, el gran patricio, que ha sufrido tantas tergiversaciones de parte de la *maurofobia* andante.

A pesar de haberlo prodigado profusamente haciendo numerosa tirada especial, que hemos repartido al público, lo transcribimos íntegro en este número, para que perdure en nuestra colección ese admirable documento, verdadero modelo de sinceridad, de democracia, de respeto a la Ley y a la Constitución, henchido de sana doctrina política, y que por la valentía de sus conceptos y la viril exposición de las lacras que nos llevan a la revolución y a la bancarrota, constituye la más preciosa ejecutoria de virtudes ciudadanas para el hombre ilustre que lo ha pronunciado.

La Juventud Conservadora, la redacción de LIBERTAD... y todos los demás elementos del partido en nuestra ciudad, dirigieron el pasado viernes al Sr. Maura expresivos y entusiastas telegramas de felicitación, a la par que de renovación de la más incondicional de las adhesiones.

HACIENDO PATRIA

Con tan pomposo título publica *El Adelanto* de ayer un fondo de lo más atrevido que puede escribirse.

En él, después de hablarnos de la importancia social, que nadie pone en duda, del problema agrícola, parece que como única causa de la decadencia de esta fuente de riqueza, quiere señalarse la excesiva renta que los colonos vienen pagando, sin paramientos siquiera, en que los pequeños propietarios no están mejor que la generalidad de los colonos. Pero pase esa tendenciosa suposición.

Lo que no puede pasar de manera alguna es, que con tal descaro se afirme que gracias al doctor Villalobos, la Diputación de Salamanca, se preocupe de esta cuestión, pues aparte de haber enviado ya comisiones de su seno a distintos Congresos agrícolas, el acordar hacer lo propio para el próximo de Soria, a que fué atentamente invitada, se debe a propuesta hecha por nuestro correligionario señor Miguel del Corral, y no es que queramos dar un bombo a nuestro amigo, pues la cosa no vemos sea de tal naturaleza que merezca la pena de una noticia suelta, cuanto más de un fondo, con título tan alarmante.

El tema ya confiesa el rotativo que no lo dio Villalobos, sino Villares, pero parece que lo resolverá aquél.

¡Qué lástima! ¡Si siquiera fuera al revés! La receta el médico, y la preparación el boticario. (No haría falta sacerdote por ser el entierro civil).

Variase usted de los que se preocupen del cultivo intensivo y extensivo... electoral. Que es la recolección que vamos buscando.

¡Pobre Pérez! ¡Hasta tus más incondicionales hacen el artículo a Fiti!

LAS DAMAS CATEQUISTAS

Sentimos en el alma no disponer de más espacio, para reseñar ampliamente la brillante velada que el domingo por la tarde, tuvo lugar en el teatro Bretón, con el fin de repartir los premios a los obreros que han asistido a las clases del Centro catequístico, y dar por terminadas las tareas del curso.

El teatro, sencilla y artísticamente engalanado, presentaba un aspecto deslumbrador, con sus palcos y plateas totalmente ocupados por lo más distinguido de la sociedad salmantina, ocupando los obreros las butacas de patio y estando las localidades altas llenas de numeroso público.

La fiesta se celebró con arreglo al siguiente programa: 1.º Banda. 2.º Discurso por el obrero don Manuel Bolaños. 3.º Discurso por la señora doña Perfecta Cor-

selas. 4.º Coró de obreros, «Rataplán». 5.º Discurso por el obrero don Miguel Silva. 6.º Fantasia de «Dinhorah» a ocho manos por las señoritas de Monge y de Piedecosas. 7.º Discurso por el obrero don Ricardo García. 8.º Poesía «La mujer castellana» por el obrero don Santiago Rodríguez. 9.º Himno por el Orfeón del Centro. 10. Discurso por el obrero don Marcelino Francisco. 11. Repartición de premios.

Todos los oradores fueron muy aplaudidos, y en sus discursos manifestaron el cariño que sienten por las distinguidas señoras y señoritas que se desvelan en instruirles y llevarles con acendrado amor por el camino de la verdadera y sana educación.

La señora doña Perfecta Corselas, pronunció un bellísimo discurso que fué aplaudido con entusiasmo por el distinguido auditorio, e iguales honores mereció la linda poesía que recitó con acertada vehemencia el obrero Santiago Rodríguez.

Las bellísimas y distinguidas señoritas de Monge, de Piedecosas y de Heredia, fueron justa y calurosamente aplaudidas; las primeras, por la primorosa ejecución al piano de la fantasía de «Dinhorah», y la última, por la acertada dirección de los coros.

En resumen: fué una fiesta nobilísima, donde las damas salmantinas derrocharon su entrañable amor por el obrero, al que ayudan en cuanto les es posible, sin vana y falsa palabrería de apóstoles redentores.

Nosotros los oímos diferentes veces exclamar, refiriéndose a los obreros «¡pobrecillos! son muy buenos». Y lo decían con amor de madres, de hermanas, dispuestas a sacrificarse por ellos.

Llor a las respetables señoras y a las bellísimas señoritas que tanto se afanan en favor de los necesitados, así como también a las damas fundadoras, por su meritísima labor.

BURLA BURLANDO

En la relación de propinas que del capítulo de calamidades manda Pérez a su distrito, omitimos en el número anterior la que envía anualmente a los Hijos de Crespo, por ignorar que el defensor de Isidro en la Raqueta se ocupaba en la redacción del golpe de bombardino que había de enviar al periódico de Paco.

Ya habíamos nosotros echado de menos el público acuse de recibo por parte del *supresor del Mariquelo* a su vicepresidente honorario, cuya influencia en las altas esferas es bien notoria.

Pero claro, como el émulo de D. Matías toma las cosas tan altas, ha tardado en la confección del *homenaje*, y, por lo tanto, nosotros en dárselo a conocer a nuestros lectores.

Dispénsennos; pues por lo anteriormente expuesto supondrán que no radica en nosotros la culpa de no lanzar antes a la publicidad la última heroicidad de Pérez.

NOTICIAS

Los diputados provinciales conservadores de esta capital enviaron al Sr. Maura el día 30 del pasado Mayo el siguiente telegrama:

«Antonio Maura. - Lealtad, 18. - Madrid. - Reciba con nuestra entusiasta felicitación, por patriótico trascendental discurso, la reiterada adhesión incondicional de diputados provinciales conservadores. - Leopoldo Alonso. - Esteban Jiménez. - Manuel Sánchez. - Isidoro M. Mendoza. - Rogelio M. del Corral. - Fernando G. Sánchez. - Rafael G. Cobos. - Jesús Sánchez».

El Sr. Maura agradeció muchísimo este acto de solidaridad política, y así lo ha comunicado a todos y cada uno de los firmantes del telegrama.

GRAN CASA DE SALDOS

TODO DE OCASIÓN

Bajada de San Julián, 1

Doctor Infante

Especialista en enfermedades de la garganta, nariz y oídos. - Consulta: de nueve a doce. - Doctor Riesco, 58. - Salamanca.

RICARDO NIÑO DENTISTA

Exayudante del Dr. Highlands
Plaza de la Libertad, 10. - Salamanca

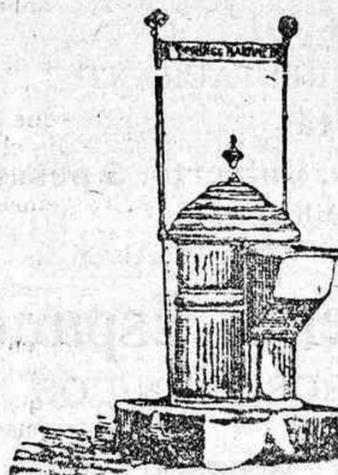
ENFERMEDADES DE LOS OJOS

Clinica de los doctores ALONSO y SALCEDO
PLAZA DE LA LIBERTAD, 9. - SALAMANCA
CONSULTA DE ONCE A UNA

Toballa Venus

Siempre joven y bella. TRES pesetas una. Droguería de San Martín.
Rúa, 4.

LUZ DE GAS DE ACETILENO "Totalizador Martínez,"



Real privilegio y patente de invención por veinte años
Más de mil instalaciones funcionando

DOMINGO MARTÍNEZ

Doctor Riesco, 76. - Salamanca

CORSES LA SIRENNE

La fábrica más acreditada del mundo. No es preciso hacerse corsés a la medida; los modelos que esta importantísima casa presenta todas las temporadas, son adaptables a cualquier cuerpo, por dificultoso que sea.

PRUDENCIO SANTOS BENITO

PLAZA MAYOR, 17 Y 18

SALAMANCA

Gabinete de consulta médico-quirúrgico San Pablo. 20

HORAS DE CONSULTA: Medicina general y enfermedades del estómago, corazón y pulmones, de diez a once. - Cirugía y enfermedades genito-urinarias, de once a una. Enfermedades de la piel y secretas, de una a tres. - Domingos y días festivos, de una a cinco

HONORARIOS MÓDICOS

MARTES, JUEVES Y SABADOS, GRATIS A LOS POBRES

AUTOMOVILES "FORD,"

El creciente éxito de estos automóviles en el mundo entero ha motivado un aumento de producción que se elevará en el presente año á la enorme cifra de DOSCIENTOS MIL y como consecuencia la reducción del coste de estos automóviles que permite venderlos a los increíbles precios siguientes:

Torpedo (dos asientos) 5.200 ptas.
Doble factón (cuatro asientos) 5.700 —
Landulet (seis asientos) 7.300 —

Para cuantos detalles, pruebas y demostraciones se precisen, dirigirse á sus representantes

MONEO HIJO Y COMPANIA
CONSTRUCTORES
SALAMANCA

FORNOS (ESCALERILLAS DE PINTO) ::::

Sirve un excelente café Moka .. Probad y os convenceréis .. Mortadela Bolonia, pavo trufado, jamón en dulce y lengua a la escarlata :::::

NUEVA TINTORERÍA MADRILEÑA

DE

MANUEL COLEYA

Casa de confianza en limpiezas en seco .. Trabajo esmerado

García Barrado, 32. - Salamanca

Salamanca

Colección de POSTALES en brillo y colores, se ha puesto a la venta en la librería de CUESTA, Rúa, 5, al precio de DIEZ céntimos cada postal.

IMPRENTA DE CALATRAVA
a cargo de Manuel P. Criado.



CASA GERMAN

Primera casa en objetos para regalo, propios para bodas y santos.

Bisutería de oro y plata. Medallas, rosarios, cadenas, pulseras, imperdibles y sortijas. Son alhajas muy bonitas y de poco precio.

Cubiertos de metal blanco, desde DOS pesetas; y en plata inglesa, desde CINCO.

CALLE DE ZAMORA, NUM. 11

PRECIO FIJO

SE COMPRA PLATA Y ORO

NOVELTY

CERVECERÍA - CAFÉ - RESTAURANT

Almuerzo: Cubierto, 4 pesetas

Comida: Cubierto, 5 pesetas

SE SIRVE A DOMICILIO

BANQUETES: PRECIOS CONVENCIONALES

La Unión y el Fénix Español

COMPAÑÍA DE SEGUROS REUNIDOS

Capital social: 12.000.000

de pesetas efectivas
completamente desembolsado.



Seguros sobre la vida.
Seguros contra incendios.
Cuarenta y siete años de
existencia.

Subdirector en Salamanca: **Don Andrés Pérez Cardenal.**

PLAZA DE LA LIBERTAD

CAFÉ - Terminus Hotel - BILLAR

SALAMANCA

MODERNO ■ CONFORTABLE ■ HIGIÉNICO

Servicio de restaurant y para bodas, banquetes y lunches

Carnets de abonos al restaurant (precios excepcionales).

Coches y mozos a todos los trenes.

LA ELECTRO-INDUSTRIAL

García Barrado, 21.-SALAMANCA

Instalaciones de centrales electricas, de máquinas motrices a vapor, gas e hidráulicas.

Reparaciones de motores eléctricos, transformadores, etc.

Instalaciones de pararrayos, teléfonos, luz y timbres, a precios excepcionales

Venta de lámparas de filamento metálico trefilado «Egmar», «Osram», «Z», «Dart»

«C. G. E.», «Philips», «Ostard», etc., y material eléctrico en general.

Pidanse presupuestos y cuantos datos se necesiten a

FERNANDO GALINDO GONZALEZ-La Electro-Industrial



HIJOS DE MIRAT

SALAMANCA

ABONOS PARA TODOS LOS TERRENOS Y CULTIVOS

PRODUCTOS QUIMICOS AGRICOLAS

SUPERFOSFATOS ■ SALES POTASICAS.
SALES AMONIACALES ■ SALES NITRO-
GENADAS ■ SULFATO DE HIERRO.

ALMIDÓN ♦ PASTAS FINAS PARA SOPA

RELOJERIA Y OPTICA

VIUDA E HIJO DE GOMEZ SEBASTIAN

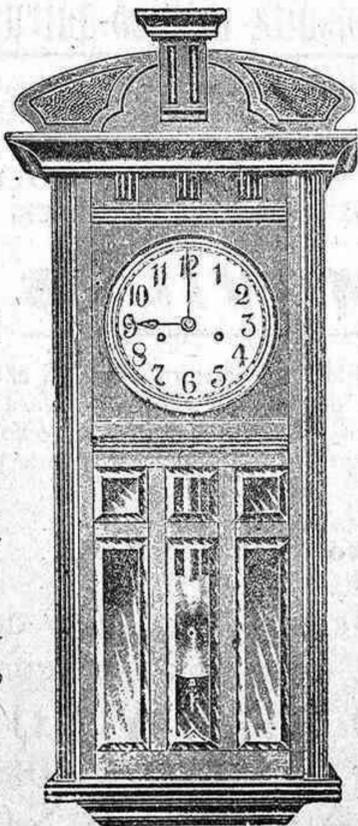
PLAZA MAYOR, 40

Relojes en oro, plata, acero y nikel de todos precios y clases.

Sistema Roskopf, a CINCO pesetas.

RELOJES : : :
: : : DE TORRE

Cadenas de oro y plata, chapeado fino.



Medallas y ca de todas clases.

Gemelos prismáticos de campo y teatro.

Barómetros, termómetros, brújulas.

Lentes y gafas en oro con cristales de roca y americanos.

Lentes en cristal de roca, CINCO pesetas.

Al Modelo de París

PLAZA MAYOR, 38

Primera casa en Sombreros
Abrigos para señoras y niñas

Se han recibido los últimos modelos de París para la presente estación

PRECIOS MUY ECONÓMICOS

Casa especial para la reforma de los sombreros usados



"GRAMOPHONE"

MARCA Y PALABRA REGISTRADAS

Depositarario exclusivo: **PRUDENCIO SANTOS BENITA**

Plaza Mayor, 17, 18 y 19.-Salamanca

EL PASAJE HOTEL-RESTAURANT-CAFÉ

CAFÉ MOKA

Grandes conciertos todas las noches El Hotel más céntrico de la población.

Restaurant: cubiertos desde DOS pesetas.

Precios sin competencia para bodas, banquetes y lunches.

Omnibus del Hotel a todos los trenes.

On Parle français English Spoken Se habla portugués

CASINO DEL PASAJE